

ENCUENTRO DE EL BÁB CON MULLÁ HUSAYN

Ese mismo día, pocas horas antes del crepúsculo, mientras paseaba fuera del portal de la ciudad, sus ojos repararon repentinamente en un Joven de rostro radiante, tocado por un turbante verde, Quien, avanzando hacia él le saludó con una sonrisa de amorosa bienvenida. Abrazó a Mullá Husayn con tierno afecto, como si hubiera sido íntimo Suyo y amigo de toda la vida. Mullá Husayn pensó al principio que se trataba de un discípulo de Siyyid Kázim que, informado de su llegada a Shíráz, había salido para darle la bienvenida.

El Joven que me recibió fuera del portal de Shíráz me abrumó con expresiones de afecto y amabilidad. Me extendió una cálida invitación a que visitara Su hogar y me refrescase tras las fatigas del camino. Rogué que me excusara, aduciendo que mis dos compañeros ya habían hecho preparativos para mi estancia en aquella ciudad y aguardaban mi regreso. *“Confiadlos al cuidado de Dios”*, fue Su respuesta; *“Él sin duda les protegerá y velará por ellos”*. Dichas estas palabras, hizo señas de que Le siguiera. Me sentí hondamente impresionado por la forma gentil y persuasiva con que me habló aquel extraño Joven. Conforme Le seguía, Su donaire, el encanto de Su voz, la dignidad de Su porte, sirvieron para realzar mis primeras impresiones del inesperado encuentro.

Pronto nos vimos de pie ante el portal de una casa de apariencia modesta. Llamó a la puerta, que pronto nos fue franqueada por un sirviente etíope. *“Entrad aquí, en paz y seguros”*¹, fueron Sus palabras al tiempo que cruzaba yo el umbral y Él me hacía ademán de que Le siguiera. Su invitación, formulada con poder y majestad, me traspasó el alma. Me pareció de buen augurio que se me dirigieran tales palabras, hallándome de pie en el umbral de la primera morada que me disponía a visitar en Shíráz, una ciudad cuya atmósfera me había causado una impresión indescriptible. ¿Y no habría de permitirme la visita a este hogar –pensé para mis adentros– aproximarme al Objeto de mi búsqueda? ¿No aceleraría ello la conclusión de la etapa de intenso anhelo, de indagación renovada, de ansiedad redoblada, que tal pesquisa comporta? Al adentrarme en la casa siguiendo los pasos de mi Anfitrión hasta Su habitación, un sentimiento de alegría inexpresable invadió mi ser. Nada más sentarnos ordenó que se nos trajese un aguamanil, e hizo señal de que lavase las trazas del camino de mis manos y pies. Solicité permiso para retirarme de Su presencia y realizar mis abluciones en la habitación contigua. Rechazó de nuevo la petición y procedió a verter el agua sobre mis manos. Acto seguido me dio a beber un refresco, tras lo cual mandó por el samovar² y Él mismo preparó el té que habría de ofrecer.

Abrumado por semejantes gestos de extrema amabilidad, me dispuse a partir. “Se acerca la hora de la oración vespertina”, me atreví a observar. “He prometido a mis amigos que me reuniría con ellos a esa hora en el Masjid-i-Ílkhání”. Con extrema cortesía y calma me respondió: **“Sin duda a buen seguro habréis condicionado la hora de vuestro regreso a la Voluntad y Beneplácito de Dios. Tal parece que Su Voluntad haya decretado otra cosa. No debéis temer haber incumplido vuestra promesa”**. La dignidad y seguridad de Su Persona me acalló. También Él permaneció junto a mí en la oración. Mientras rezaba, descargué el alma, oprimida como estaba tanto por el misterio de la entrevista como por la tensión y fatigas de la búsqueda. Así que ésta fue mi plegaria: “Me he esforzado con toda mi alma, oh mi Dios, y hasta la fecha no he acertado a encontrar a Tu prometido Mensajero. Atestiguo que Tu Palabra no yerra y que Tu Promesa es segura”.

“Aquella noche, aquella memorable noche, era la víspera del quinto día de Jamádiyu'l-Avval, del año 1260 d.h.³ Cerca de una hora tras la puesta del sol mi joven Anfitrión inició la conversación. **“¿A quién, después de Siyyid Kázim”**, me preguntó, **“consideráis sucesor y guía vuestro?”** “En la hora de su muerte,”, respondí, “nuestro fallecido maestro nos exhortó insistentemente a que abandonásemos nuestros hogares, y que nos dispersáramos por doquier en pos del prometido Bienamado. De acuerdo con ello, he viajado a Persia, dispuesto a cumplir su voluntad, hallándome todavía inmerso en mi búsqueda”. **“¿Os ha proporcionado”**, volvió a inquirir, **“cualquier detalle o indicio sobre los rasgos característicos del Prometido?”** “Sí”, respondí. “Que es de linaje puro, de ilustre abolengo, de la simiente de Fátima. En cuanto a la edad, tiene más de veinte años y menos de treinta. Está dotado de conocimiento innato. Posee estatura media, se abstiene de fumar y está libre de todo defecto físico”. Se detuvo un momento y a continuación, con voz vibrante declaró: **“Contemplad, ¡todos estos signos están manifiestos en Mí!”**. Acto seguido, reparó por separado en cada uno de los signos mencionados, y de forma concluyente demostró que todos y cada uno Le eran aplicables a Su Persona. Me quedé atónito, y educadamente hice notar: “Aquel cuyo advenimiento aguardamos es un Hombre de santidad insuperada, y la Causa que ha de revelar, una Causa de poder tremendo. Muchos y diversos son los requisitos que ha de cumplir Quien reclame ser su encarnación visible. ¡Cuán a menudo se ha referido Siyyid Kázim a la inmensidad del conocimiento del Prometido! ¡Cuán a menudo solía decir: ‘mi propio conocimiento no es más que una gota comparado con el que posee Él. Todos mis logros no son sino una mota de polvo frente a la inmensidad de Su conocimiento. Más aún, inmensurable es la diferencia!’”. Tan pronto como surgieron estas palabras de mis labios me sentí presa de miedo y remordimiento tales que no acertaba a ocultar ni a explicar.

Amargamente me lo reproché a mí mismo y decidí que desde ese mismo momento cambiaría de actitud y moderaría el tono. Prometí a Dios que si mi Anfitrión volvía a referirse al tema, con la máxima humildad respondería diciéndole: “Si estuvierais dispuesto a sustanciar vuestros títulos, sin duda me librarías de la ansiedad e incertidumbre que tan onerosamente me oprimen el alma. Os quedaré ciertamente agradecido por tal liberación”. Cuando por vez primera emprendí mi búsqueda, fijé dos criterios a tenor de los cuales podría comprobar la veracidad de quienquiera que reclame ser el prometido Qá’im. El primero es un tratado que yo mismo he compuesto relacionado con las enseñanzas abstrusas y ocultas expuestas por Shaykh Ahmad y Siyyid Kázim. A quienquiera que me parezca capaz de descifrar las alusiones misteriosas vertidas en ese tratado, someteré mi segunda petición pidiéndole que revele, sin la menor vacilación o reflexión, un comentario sobre el Sura de José, con un lenguaje y estilo en todo diferentes de los criterios preponderantes que hoy se estilan. (...)

Le daba vueltas a todas estas cosas en mi cabeza cuando mi distinguido Anfitrión indicó de nuevo: ***“Observad atentamente. ¿Y no habría de ser la Persona significada por Siyyid Kázim alguien que no fuera Yo?”*** A continuación me sentí urgido a entregarle un ejemplar del tratado que llevaba conmigo. “¿Seréis tan amable de leer”, Le pregunté, “este libro mío y hojear sus páginas con mirada indulgente? Os ruego que paséis por alto mis yerros y flaquezas”. Graciosamente aceptó mi deseo. Abrió el libro, hojeó algunas páginas y lo cerró para dirigirse hacia mí. En el curso de breves minutos, había desentrañado todos sus misterios y resolvió todos sus problemas. Tras haber cumplido, en tan breve tiempo y para mi entera satisfacción, el encargo que confiaba yo habría de realizar, prosiguió exponiendo ciertas verdades que no podían hallarse ni en los dichos referidos de los imámes de la Fe, ni en los escritos de Shaykh Ahmad y Siyyid Kázim. Tales verdades, las cuales nunca antes había escuchado, me parecían dotadas de un poder y viveza refrescantes. ***“De no haber sido vos Mi huésped”***, habría de observar más adelante, ***“vuestra situación habría sido en verdad comprometida. La gracia omnímoda de Dios os ha salvado. Corresponde a Dios probar a Sus siervos, y no a Sus siervos juzgarle de acuerdo con sus normas deficientes”***. (...)

A continuación prosiguió diciendo: “Ha llegado la hora de revelar el comentario del sura de José. Tomó Su Pluma y, con increíble presteza, reveló el sura de Mulk entero, el primer capítulo de Su comentario sobre el sura de José. El efecto abrumador de Su manera de escribir quedaba realzado por la gentil entonación con que acompañaba la escritura. Ni siquiera por un momento se detuvo el fluir de los versículos que manaban de Su Pluma. Ni siquiera hubo una sola pausa antes de concluir el sura de Mulk. Hallábame yo sentado como hechizado por la magia de Su Voz y la fuerza arrolladora de Su Revelación. Al fin, y bien que contra mi

voluntad, me incorporé de mi sitio y pedí permiso para despedirme. Con una sonrisa hizo señas de que me sentara, diciendo: **“Si salís en semejante estado, quienquiera que os vea dirá sin duda: ‘Este pobre joven ha perdido el juicio’”**. En ese momento el reloj marcaba las dos horas y once minutos tras el atardecer.⁴ Aquella noche, la víspera del quinto día de Jamádíyu’l-Avval, del año 1260. (...) **“Esta noche”, declaró, “esta hora precisa, se celebrará en los días venideros como una de las festividades mayores y más significadas. Dad gracias a Dios por haberos socorrido graciosamente para que logrased el deseo de vuestro corazón, y por haber probado el vino sellado de Su expresión. ‘El bien sea con quienes lo alcanzan’”**.⁵

Habían transcurrido tres horas desde la puesta del sol cuando mi Anfitrión ordenó que se sirviese la cena. Apareció de nuevo el mismo criado etíope, quien dispuso ante nosotros el alimento más selecto. Aquella santa cena repuso mi cuerpo y alma por igual. En presencia de mi Anfitrión, en semejante hora, sentí como si me estuviera alimentando de los frutos del Paraíso. (...)

Estaba yo sentado hechizado por Su expresión, ajeno a la hora y a quienes me aguardaban. De repente, la llamada del almuédano que, convocando a los fieles para la plegaria matutina, me despertó del estado de éxtasis en el que parecía haberme sumido. Todas las delicias, todas las glorias inefables, que el Todopoderoso ha referido en Su Libro, las posesiones inapreciables del pueblo del Paraíso, todas parecían haberlas experimentado aquella noche. Diríase que me encontraba en un lugar del que en verdad bien podría decirse: **“¡Allí ningún pesar nos será deparado, y allí ningún cansancio nos alcanzará! “No se oirá allí ningún vano discurso, ni falsedad alguna, sino solo la exclamación: ‘¡Paz! ¡Paz!’”; “Su consigna será allí: ‘¡La Gloria sea Contigo, oh Dios!’” “Y su salutación: ‘¡Paz!’ y su despedida: ‘¡Alabado sea Dios, el Señor de todas las criaturas!’”**⁶ (...)

1 Corán 15:46.

2 Recipiente en el que suele prepararse el té.

3 Correspondiente a la noche del 22 de mayo de 1844. El 23 de mayo cayó en jueves.

4 La fecha de la Manifestación queda fijada por el siguiente pasaje del Bayán persa (Váhíd 2, Báb 7): “El comienzo de ésta se produjo el quinto día de Jamádíyyu’l-Úlá, 1260 d.H., que es el año 1270 de la misión [de Muhammad]” (De la copia manuscrita del Bayán realizada por Siyyid Husayn, amanuense y compañero de El Báb).

5 A. L. M. Nicolás cita lo siguiente del Kitábu’l-Haramayn: “En verdad el primer día en que el Espíritu descendió sobre el corazón de este Esclavo fue el día 15 del mes de Rabí’u’l-Avval” (A. L. M. Nicolás, Siyyid ‘Alí-Muhammad dit le Báb, p. 206).

6 Citas del Corán.